

EL SENTIDO DEL SUFRIMIENTO

Mary Ann Steffy, "It is well with my soul"¹

Mary Ann Steffy, de Irlanda, tenía 19 años de experiencia como consejera y formadora de consejeros, en América y Europa, cuando escribió este artículo. Estaba también 'experimentada en sufrimiento', por haber sido víctima de múltiples abusos sexuales en su infancia, de engaño por amigos cristianos y de un cáncer terminal de mama. Resumimos sus reflexiones sobre una 'teología del sufrimiento':

La perspectiva teológica del consejero es fundamental a la hora de trabajar con gente herida. Si nuestros conceptos de Dios y de la vida según Sus pensamientos son equivocados, acabaremos siendo malos consoladores, como los amigos de Job. Tenían buenas intenciones, pero sufrían de una mala teología. De esta manera hicieron finalmente más mal que bien al afligido, que tanto hubiera necesitado su ayuda.

Nuestra época es una época de lo 'instantáneo'. También esperamos alivio instantáneo del sufrimiento. En tiempos anteriores, la gente estaba acostumbrada al sufrimiento como parte inevitable de la vida (cf. Jesús 'varón de dolores y experimentado en quebrando', Is.53:3). Hoy, nuestra demanda de una vida sin sufrimiento y las posibilidades de aliviar rápidamente el dolor, la ansiedad y la tristeza, nos han hecho perder la visión que el sufrimiento puede tener un valor y un propósito.

En la Biblia, sin embargo, el sufrimiento es uno de los temas principales, y tiene un sentido. Parece incluso que todo lo que tiene un valor intrínseco, conlleva alguna forma de sufrimiento: el amor, el sacrificio, la auto-negación, la verdad, la sabiduría, la experiencia...

El propósito principal de Dios, en contraste con nosotros, no es *quitar* los problemas o el dolor de nuestra vida, sino *usarlos* para alcanzar metas que tienen un valor eterno (Ro.8:28-29; 2 Co.4:17-18). Nos quiere transformar a imagen de Cristo y glorificarse en nosotros:

- Confiar en Dios y vivir en paz y gozo a pesar de que el dolor sigue, requiere más fe y tal vez le glorifica más que si hay liberación del sufrimiento.
- El sufrimiento profundiza (si le sacamos el provecho que Dios tiene previsto) nuestra fe, aumenta nuestra dependencia de Dios, nuestra sumisión a Él y nuestro amor incondicional y desinteresado hacia Él y hacia los demás. En este sentido, incluso Jesús 'aprendió obediencia' sufriendo (Heb.2:10; 5:8). El hecho que la dimensión espiritual es la última y suprema realidad para el creyente, hace que el sufrimiento puede actuar en su favor.
- El sufrimiento pone de manifiesto en qué confiamos realmente y qué es lo que nos 'da vida' y satisfacción. ¿Encuentro la vida principalmente en mi matrimonio, mis amigos, mi trabajo, mi fama, mi belleza, mis capacidades...? ¿O encuentro la vida sobre todo y primero en mi relación con Jesús? - ¿Qué es lo que me da seguridad y a lo que me aferro? ¿Soy capaz de confiar en Dios sin saber lo que va a pasar mañana, dejar totalmente en Sus manos mi destino y todos los detalles de mi vida?
- A veces, Dios usa el sufrimiento como medio de disciplina, para limpiarnos y educarnos (Jn.15:1-2; 1 Co.11:28-32; Heb.12; Sal.119:67, 71).

¹ The Christian Counsellor, issue 15, dec.2002, UK – resumido por S. Py, cita trad. por O. Py.

- El sufrimiento nos prepara para un ministerio eficaz, porque nos permite tener mayor compasión y comprensión por los afligidos y poder transmitirles lo que nos ayudó a nosotros (2 Co.1:3-4).
- El sufrimiento nos prepara también para reinar con Cristo (2 Tim.2:12). Los creyentes que constituyen la iglesia, la ‘esposa del Cordero’, deben estar a la altura de Cristo para participar en su reino. Cristo tuvo que sufrir para poder manifestar el amor sacrificial ‘*agape*’ como revelación suprema del carácter de Dios. Este amor que tiene como esencia el morir a sí mismo y a favor del otro, sólo se puede aprender en un mundo caído, donde reinan el egocentrismo y el pecado en todas sus formas. El perdón, la paciencia, la longanimidad, el amor incondicional y muchas otras virtudes se aprenden en la confrontación con la naturaleza pecaminosa del ser humano. La madurez espiritual se desarrolla y crece a través del sufrimiento.

Si Dios puede realizar sus propósitos a través de nuestras pruebas, depende de nuestra actitud:

“Nuestro dolor y sufrimiento sólo puede trabajar eficazmente por nosotros si tenemos una actitud correcta. Sólo Dios puede tomar una situación determinada y modificar sus efectos de experiencia ‘mala’ para transformarlos en algo ‘bueno’ para el que la padece. La esencia eterna de algo no es esta cosa misma, sino la reacción que uno tiene hacia ella. Es la respuesta de la persona a la dificultad, el dolor, e incluso el fracaso personal, la que determina el valor positivo o negativo que tendrá para el individuo. No podemos controlar ni cambiar nuestras circunstancias, pero con la ayuda de Dios, si podemos controlar nuestra reacción y nuestra actitud hacia ellas. Si reaccionamos con auto-compasión, amargura o rebelión a la dificultad, desaprovecharemos el beneficio espiritual potencial.

El fruto, sea espiritual o literal, se desarrolla y madura con diferentes condiciones climáticas. Si todo fuera únicamente sol no se conseguiría buenos frutos, tampoco si fuera todo gozo se podría manifestar la riqueza del carácter piadoso más avanzado. Tanto la oscuridad como la luz, el frío como el calor son necesarios para enriquecer y conducir a la madurez el carácter del amor *agape*, el más excelente fruto que podemos llevar.” (p.43)

¿Cuál debería ser entonces nuestra actitud frente al sufrimiento?

- ✓ Deberíamos ver el sufrimiento no como un accidente, sino como un don a recibir con la expectativa que nos puede procurar un provecho valioso en vista de nuestra relación con el Señor, nuestro carácter y la gloria de Dios en nuestra vida (Ro.5:1-5; 1 P.1:6-7; Stg.1:2-3).
- ✓ No nos deberíamos enfocar en las preguntas: “¿porqué?” o ¿quién es el responsable?”, sino más bien en las preguntas: “¿cómo debería reaccionar a esto?” y “¿qué es lo que Dios me quiere decir o enseñar en esta prueba?” Mirar hacia delante, en lugar de mirar hacia atrás.
- ✓ Para poder sacar el debido provecho del sufrimiento, debemos confiar en Dios de una manera incondicional: creer que Él tiene un propósito, aunque no lo entendamos. Vivir por fe, no por la vista. Dios es soberano, poderoso, sabio y bueno. Él puede usar algo malo para producir algún fruto bueno en nuestra vida (Gn.50:20). Tenemos que dejar en Sus manos el ‘cómo’ y dejarle obrar en nosotros.

Nuestro papel como consejeros cristianos no debe ser simplemente acortar la lucha del otro y ofrecerle alivio del sufrimiento, sino ayudarle a encontrar a Dios en medio de su aflicción, para que pueda llegar a decir: “mi alma prospera” (3 Jn.2).